

LA PEÑOLA,

SEMANARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNÓZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Un mes. 2 reales.—Trimestre. 5.

FUERA DE LA CAPITAL.

Un mes. 3 reales.—Trimestre. 8.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 40.
bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador
DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

LAS ILUSIONES PERDIDAS.

A la memoria de mi infortunada madre.

«Hojas del árbol caídas
juguete del viento son;
las ilusiones perdidas
son hojas ¡ay! desprendidas
del árbol del corazon.»

Esto escribió el poderoso génio de la poesía, el cantor de Teresa, el autor del *Diablo Mundo*: sin duda Espronceda vió marchitarse una por una las ilusiones de su alma.

Marchitarse sí; las ilusiones son flores; como las flores se siembran, brotan y crecen, como ellas tienen color y perfume, como ellas viven, y como ellas ¡ay! se agostan y mueren.

La primavera tiene siempre encantos, la juventud casi siempre ilusiones; decimos *casi*, porque no todos los corazones jóvenes poseen tan rico tesoro: hay almas tristes, apenadas, que alientan áridas sin una sola flor ni un solo encanto; son jóvenes pero lloran, sin embargo, las ilusiones perdidas, muertas en su primavera. Criaturas desgraciadas, es su corazón como una lira sin cuerdas, como una cuerda sin sonidos, como un sonido sin ecos. Y ¡ay de aquellos que cuando la vida más debiera sonreírles ven desaparecer sus ilusiones! Se oscurecerá la luz de sus ojos, se apagarán las sonrisas de sus labios, se ennegrecerá su pensamiento y cien tempestades agitarán su pecho torturándole.

La tarde que muere es el principio de la noche que nace: tras el placer viene el dolor, tras de la risa el llanto: así es la vida.

La felicidad y la desgracia se cruzan incesantemente, suben y bajan como la marea, como sus olas unas veces se van y otras se vienen: así es el destino.

Hay criaturas que arrastran una existencia lánguida como el último resplandor de la estrella que se apaga con el día, para ellas no tiene atractivos, todo les parece pálido, frío, indiferente; hacen de sus días una monotonía incesante ó una desesperación sin fin; si lloran, sus lágrimas son de fuego; si ríen, sus risas son amargas; si hablan, sus palabras hielan la sangre del que las oye... ¡ah! no les preguntéis la causa, ya la sabéis; es que perdieron las ilusiones, es que su corazón no tiene flor alguna, es que su destino es negro como la noche, sombrío como el dolor.

El desengaño, ese tósigo mortal que enerva, esa serpiente que muerde y martiriza, se enrosca á nuestro corazón, le hiere, le emponzoña, le oprime entre sus conchas, y clavando en él sus malévolos ojos, le enseña el camino de las ilusiones marchitas, el campo de las esperanzas agostadas, el oasis que desaparece, el *paraíso perdido* que ha de llorar.

¡El desengaño...! El es el que ha oscurecido la gloria en medio de su esplendor, el que ha abatido el orgullo, la ciencia, la virtud; el que ha ensangrentado el barro que huellan las sociedades; él, el que ha escrito en ese libro inmenso que se llama historia, la vanidad humana, el delirio de los siglos, la insensatez de las pasiones, la gangrena de los placeres, las ilusiones perdidas, el *cántaro roto*, en fin, de las sociedades.

Quién sabe; cuántas de esas mugeres que aún hoy habitan en los conventos, tal vez desesperadas abandonaron el mundo para buscar en la soledad del claustro la paz perdida y llorar las ilusiones que vieron huir llevándose cada una un pedazo de su corazón!

Después de todo, ¿qué extraño es que un hombre sin ilusiones busque en el desierto de la Tebaida un lecho donde dormir y un rincón donde llorar? ¡Ah, dichosos los que aún tienen fé después de contemplar seco el árbol de su corazón! Todavía pueden buscar en la fé un consuelo, un calmante, algo que oreé su frente ardorosa, algo con que aplacar esa sed que el alma, cuando está amargada, siente por lo desconocido. Su vida será un infierno, pero jamás buscarán su término en el suicidio; pisotearán sus ilusiones marchitas, y levantando los enrojecidos ojos, leerán en la frente de los astros ese más allá que dicen existe.

Pero desgraciadamente son pocos los que muertas sus ilusiones tienen fé; el escepticismo la reemplaza, y más que ninguna, el alma del escéptico es un abismo insondable.

Los placeres dejan, después de satisfechos, el cansancio; las ilusiones cuando desaparecen después de habernos acariciado hermosas horas mucho tiempo, punzantes espinas que nadie puede extraer: á un corazón sembrado de espinas jamás podréis curarle, y todos vuestros cuidados serán pocos para restañar su sangre; siempre la está destilando; por eso los desventurados de la tierra dejan tras sí un rastro que dá pavor.

El amor, flor llena de aromas y de venenos, engendra ilusiones y estas esperanzas; cuando se ama se sueña; pero

junto al amor están los celos, á su lado la falsía, el adulterio, la deshonra, el desengaño, en fin. ¡Ah! ya lo véis; las esperanzas mueren y mueren las ilusiones cuando desplegaban su hermosura mas lozanas y arrórgantes.

La sociedad, esa máscara que vaga sin cesar prometiendo á unos, mintiendo á otros y engañando á todos, está llena de dramas sangrientos; sus piés pisan flores rotas y ajadas; se agita en un campo de ilusiones perdidas; tal vez por esto la existencia es una carcajada y una lágrima.

La muger que llora su deshonra, el poeta que canta sus desventuras, el sér que pregona sus desgracias; el pudor burlado, el amor vendido, las riquezas perdidas, la ambicion no satisfecha, la gloria ofuscada... hé aqui otros tantos terribles desengaños, es decir, ilusiones arrastradas por el fango que la sociedad pisa como pisa las hojas secas desprendidas del árbol.

Si, si; la vida es casi siempre una locura ó una abyeccion; la tumba un descanso bendito despues de la jornada. Pero para los creyentes, sobre la tumba flota la religion, esto es, el freno de nuestros delirios, la esperanza de una redencion deseada.

La religion...! Pero volvamos á las ilusiones perdidas; tornemos la mirada á esos vacios del alma en los cuales flota un pensamiento desesperado, una idea sin retorno, una tempestad creciente; acerquémonos á las hojas del árbol caidas que arrastra el viento, y recordando el pasado meditemos para ser más fuertes, mas grandes.

Meditad tambien vosotros los que correis en pos de ilusiones irrealizables, los que vivís soñando y soñáis sonriendo; vosotros los que os disputais la copa de Hebe; sí, vosotros los que véis el mundo hermoso porque no habeis sufrido, pensad teniendo á vuestros piés hojas secas, es decir, ilusiones marchitas; aprended, preparaos para subir al Gólgota, y al mismo tiempo acordaos de los que muy jóvenes aún, ascendemos á él cargados con todo el peso de nuestras ilusiones perdidas.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

MISERIA Y AMBICION.

CUENTO.

(Continuacion).

—Mi padre—respondió Sofia—es un pescador de estas costas; yo le quiero mucho y ha desaparecido de nuestra casa sin decirme nada; yo le he buscado y no le encuentro, no sé dónde estará.

Y aparecieron en sus hermosos ojos copiosas lágrimas; bálsamo consolador que cura las heridas del corazon.

El gallardo mancebo, enamorado ya de las juveniles gracias y sin igual belleza de Sofia, al verla llorar, se acercó á ella, y cogiéndola la mano:

—No llores,—bella niña—la dijo;—llévame á tu casa, que yo te prometo verás pronto á tu padre.

—¿Sabe usted dónde está? preguntó con ansia.

—No, pero le buscaré.

—Sofia bajó ruborosamente los ojos á la mirada del marino y le siguió á la cabaña del pescador, donde llegaron momentos despues sin haber articulado una palabra. No obstante, los ojos con el lenguaje del alma habian dicho bastante.

El tio Juan—que así se llamaba el pescador—estaba co-siendo su red á la puerta de la cabaña y al verlos se levantó

precipitadamente, quitándose la especie de sombrero que cubria su cabeza.

—Por lo visto—dijo—es usted el capitan del buque que hoy ha llegado á nuestro puerto?

—Si, señor; respondió el marino.

—Me alegro, porque tengo un pensamiento que deseo verificar, y estaba aguardando que anclase un buque para realizarlo; conquese mejor ocasion que ésta, ninguna. Yo he habitado siempre en el agua y aunque fui toda mi vida pescador, deseé...

—Bien,—dijo Luis, capitan del buque averiado—ya me lo diréis en otra ocasion mas oportuna.

En este instante llegó Marta—la muger del pescador—que se dejó caer sobre uno de los asientos que habia en la puerta de la cabaña, y murmuró entre dientes, cubriéndose la cara con las manos:

—No le hallo!

Así hubiera estado mucho tiempo, si la voz de su esposo no la hubiera sacado de aquel éxtasis de dolor en que se hallaba sumida.

—Muger! muger!—la dijo golpeándola al mismo tiempo en la cabeza—¿no véis que está aqui el señor capitan del buque que hay en el puerto? ¿Qué haces así?

A tan ruda llamada, Marta, levantando la cabeza, dirigió una mirada de ira á su esposo, exclamando luego:

—¿Y tú tanto por qué le dejas á la puerta? Entre usted señor capitan, á tomar un refrigerio y descansar un ratito.

—No, muchas gracias,—dijo Luis,—he venido tan solo acompañando á esta jóven, temeroso de que mis marineros cometiesen con ella algun abuso.

Juan se acercó á su esposa mientras ésta habia estado hablando con Luis, y la dijo:

—Esta es la ocasion de que se realicen nuestros planes; ofrécele la casa para que yo hable con él y alcance una plaza de marino.—Por eso Marta, preguntó en seguida á Luis:

—¿Van ustedes á estar mucho tiempo en ésta?

—El buque ha sufrido bastantes averías, por lo que me parece tardaremos en su reparacion lo menos un mes.

—Entonces me atrevo á ofrecerle mi humilde choza, segura de que en ninguna otra del pueblo, hallará usted mas comodidad ni mas limpieza, tanto en la comida como en lo demás.

Luis aceptó gustosísimo, no tanto por las alabanzas que asimismo se habia propinado Marta, sino por estar cerca de Sofia, que habia encendido en su pecho una ardiente passion, y deseaba dársela á conocer.

Marchó al puerto á dar sus órdenes á los marineros, y volvió poco despues, porque la fascinadora hermosura de la jóven le atraia hácia aquel sitio.

Así trascurrieron quince días, durante los cuales Sofia habia dejado de ser la inocente niña para convertirse en la muger enamorada: amaba sin saberlo; en su virginal inocencia no podia comprender lo que sentia su corazon; lloraba sin saber por qué, lejos de Luis, mientras que era muy feliz y estaba muy contenta á su lado, tanto mas, creyendo le traería á su amado padre; ya no se divertia cual antes con las flores, las fuentes, los árboles y las aves; su pensamiento estaba reconcentrado en un solo sér, en Luis.

Este era el único objeto que arrobaba su fantasia, que extasiaba su espíritu, que adormecía sus ilusiones y mitigaba su dolor; este era el luminoso faro donde sin querer, su alma, preciosa barquilla, era conducida por el revuelto oleaje de las pasiones.

Tambien en Luis lo que en un principio fué una ligera fascinacion se convirtió en un amor frenético, apasionado. Vivía para Sofia y por Sofia; sin ella ciego de amor se hubiera dado muerte.

Estaba triste, porque no hallaba un medio de declararla su amor y hacerla suya para siempre.

Una mañana en que como de costumbre, Luis sentado á la puerta de la cabaña, aguardaba la salida de la aurora de su porvenir, á quien nunca habia encontrado sola y hoy se le presentaba tan feliz ocasion, llegó el tío Juan acompañado de Marta, y despues de cambiar los dos algunos guiños al verle solo, el buen pescador que habia andado siempre á caza de este instante, rompió el silencio y dió principio al plan de ataque de este modo:

—Buenos días, señor capitán;—Luis levantó la cabeza y saludó afectuosamente; Juan prosiguió:

—Venimos del puerto, y á propósito no sé si le he dicho á usted que yo siempre he sido pescador, y que tenia intenciones de ser mas, porque la pesca produce tan poco y que deseaba...

—Sí, mi marido,—dijo Marta,—queria ascender á marino y...

—Calla tú, muger,—dijo Juan.

—Calla tú, marido.

—Y como le iba á usted diciendo mi esposa,—continuó Juan, buscaba una ocasion como ésta para solicitarlo, y hoy que ha dado la casualidad de conocerle á usted y que nos han dicho hay una plaza vacante en su buque...

—Si usted quisiera... dijo Marta.

—Que te calles muger. Me la cederia porque yo me portaria perfectamente.

Los dos esposos se callaron aguardando la respuesta del capitán, despues de cambiar algunos guiños; y Luis que vió en ello el medio que tanto habia buscado, medio que le abria las puertas de la felicidad y era la antorcha de su porvenir, no titubeó un momento en concederle lo que le pedian, así que levantándose exclamó:

—Que no haré yo por mis buenos y honrados patrones? Una cosa insignificante, á la verdad, me habeis pedido; ¿cómo no concedéroslo cuando os debo tantos favores? Unicamente tengo que advertiros que para ser marinero de mi buque se necesita tener la familia en Santander, por lo que si quereis os teneis que trasladar allí.

Juan, cuya alegría como la de Marta, no tuvo límites, al oír la contestacion, dijo:

—Corriente; todo se reduce á mudar de aires, ¿no es verdad, Marta?

—Si; dijo la interpelada; el único inconveniente es Sofia que no querrá ir sin su padre, pero yo la convenceré. Voy al instante; y se marcharon quedando solo á Luis, que se dirigió al puerto.

Lo que la diria Marta no lo sabemos; lo cierto es que á los dos meses justos de haber arribado al puerto, dióse á la vela el buque de Luis, llevando como nuevo marinero á Juan y como viajeros á Marta y á la bella Sofia, á quien Luis habia declarado su ardiente y puro amor que fué por ella correspondido, y la que llevaba la creencia de que iba á besar á su padre.

Dos días despues Julio apareció en el puerto de H... de vuelta de su desconocido viage, y atraído por el cariño paternal, inmenso que profesaba á su hija. Habia hecho una excursion á diversos países en busca de su esposa que no encontró, y al volver, una desgracia más habia de concluir de dislacerar su corazón. Halló la cabaña del pescador cerrada, recorrió la costa y vió la barquilla meciéndose en las olas del mar, aguardando á su dueño que no llegaba: no acertando á comprender lo que allí habia pasado, se dirigió al pueblo y al primero que á su paso halló, hizo le digese qué habia sido del pescador y su familia; y ¡cuál seria su desesperacion al saber lo sucedido! La muerte hubiera sido preferible al dolor que Julio experimentó; pero su corazón ansiaba más que nunca la venganza, y maldiciendo de su suerte, sin lazos ya que al mundo le ligasen,

sin proteccion en aquel pueblo donde era tenido por loco, huyó en busca de un buque donde poder ir á Santander para dedicarse tan solo á lo que abstraia en aquel instante su imaginación; la venganza.

Dejemos, pues, á Julio buscando el móvil de su deseo y sigamos á la lujosa embarcacion de Luis en su rumbo para Santander.

Todo era alegría á bordo del buque; nada habia empañado la felicidad de los amantes; el mar y el cielo les brindaban con su amor y su hermosura, y los alegres marineros les distraian con sus airosas cantinelas.

Un aciago día, cuando la noche hubo estendido sus negras alas por el espacio, fueron sorprendidos por un buque pirata que se lanzó al abordage, y ¿á qué describir lo que allí sucedió? Una lucha tenaz, horrible, sangrienta. Por todas partes se dejaban oír los lamentos y gemidos de los heridos y las blasfemias de los piratas, que aquella vez no les favoreció la fortuna, porque Luis con sus bravos marineros subió sobre la cubierta del buque pirata, donde encontró una muger, jóven aún y hermosa, desmayada y con una herida en la cabeza del golpe que habia recibido al caer, y á su lado, entre otros muchos cadáveres, el de uno que reconoció como antiguo marinero suyo. Era el de Pedro, y escusamos decir que la muger herida y desmayada era Flora, la madre de Sofia.

Fué ésta trasportada á bordo del buque de Luis, despues de lo que éste mandó echar á pique al otro buque. Sofia, desde el momento en que la vió, sintió una viva simpatía hacia ella que pocos días despues se trocó en cariño; y pidió á Luis la condujese á su camarote porque queria estar á su cuidado. Luis que no tenia otra voluntad que la suya, se lo concedió á su pesar. Sofia la prodigó cuantos cuidados fueron necesarios.

Llegaron por fin á Santander, sin que otro acontecimiento nuevo lo impidiese, y les salió á recibir un venerable anciano, padre de Luis, á quien éste contó lo que en el viage le habia sucedido, pidiéndole licencia para llevar ante el altar de Himeneo á Sofia, la vida de su vida, el sueño de sus sueños, la cual obtuvo uniéndose en eterno lazo, pocos días despues. Flora curada de su herida pero muy mal, porque la muerte de su amante y el recuerdo de su hija á la vista de Sofia le habia producido una terrible enfermedad, fué llevada á una habitacion de la casa de Luis, inmediata á la que ocupaba Sofia. Juan y Marta, quedaron como criados de aquella casa, donde se hallaba encerrada la felicidad y la alegría unida á la tristeza y al dolor.

Un mes despues arribaba al puerto de Santander un buque á bordo del que venia Julio, el loco de California, como le llamaban los marineros.

JULIAN GRIMAU.

(Se concluirá)

AVENTURAS DE UN TAPABOCAS.

La noche estaba oscura y húmeda. Un airecillo de mayor edad, soplabá con toda la frialdad del mes de Enero. Acababa de pasar la fiesta de los Reyes, y un par de duros habian pasado á escondersé en las profundidades de mis bolsillos. Paseaba solo y de gabán por la calle de Alcalá. De pronto la ví; su color sonrosado y blanco me llamó la atención; las brillantes luces del gas hacian resaltar más sus bellos colores. Parecian decirla:

—Nosotras estamos aqui solo por tí; para que te luzcas, y ella lo hacía en medio del escaparate.

Preciosa bufanda, exclamé. Y á mi me hace falta un tapabocas; necesito tapar tanto!

Hay *ingleses* y patronas poco amables, cuyas bocas, pidiendo siempre, taparía por una eternidad. Oh! si yo encontrase un tapabocas apropiado para todos. Y aquel tapabocas parecía hecho de encargo para la mía. Probemos, dije, y entré en la tienda.

—¿Qué precio tiene esa bufanda?

—Cincuenta reales.

Me escamé, ofrecí mi capital, y los dos duros fueron á poder del comerciante, pasando al mío el tapabocas.

Sali á la calle hecho un caballero. Con mi gaban y mi tapabocas, no se conocía la falta de capa. Unas aves nocturnas cruzaron á mi lado.

—Bonito tapabocas; qué buena nube podría hacerse,—dijeron, mirándome como ellas miran.

—Lo creo, las dije y seguí.

Me fui á una reunion y entré con tapabocas y todo. ¿Por qué Dios mío? ¿Por qué? Por lucirle y se lució, tanto, que Don Justo, antiguo acreedor y amigo mío, me dijo:

—¿Dónde le ha comprado V.?

—En la calle de Alcalá.

—Es precioso.

—Está á su disposicion.

—Gracias, y... apropósito; ¿Cuándo me paga V. aquel piquillo?

—Hombre, sabe V. que siempre vivo como su nombre... pero los primeros fondos que tenga serán para V.

—Siempre dice V. lo mismo, y lo que veo es que gasta y lleva cosas, como esa bufanda, por ejemplo, impropio de uno que no tiene más que lo justo.

—Si... es... que...

—¿Cuánto le ha costado?

—Vacilé un momento... Cinco duros, contesté.

—Quiere V. otros cinco y el recibo de aquellos cuatro?

—Hombre eso es mucha generosidad.

—Nada, me ha gustado y...

Accediendo á su caprichio volví á casa, sin tapabocas, pero con una deuda menos y tres duros más.

Al siguiente día compré otro tapabocas y un asiento para los Bufos. Ocupándole estaba, cuando una modista ex-novia mía, se sentó á mi lado llevando mi ex-tapabocas á la cabeza.

Le conocí enseguida.

—¿Quién te ha regalado eso, dije señalándole, despues de saludarla.

—Un caballero que ahora me hace el amor; fué esta mañana á verme, y le llevaba puesto. ¡Qué hermosa nube podría hacerse de ese tapabocas, le dije. Como no sabe negarme nada, se le quitó y me le dió.

—Y un hombre que te hace tales regalos, te deja venir sola á un teatro como éste, y con unos ojos como los tuyos...

—¿Qué sabe él donde voy por las noches? Bastante hago que le deo verme todas las mañanas. Un viejarron como él... pero si tú debes conocerle, D. Justo, aquel señor que cuando le veías, me dejabas sola y apretabas el paso; no te acuerdas?

—Si...! pues mira, ese tapabocas está muy bien en tu cabeza, pero mejor estaría empleándolo para lo que le han hecho, que es como su nombre lo indica, para tapar bocas; y no te parece que la mía es digna de él?

—Es decir que quieres que te le regale.

—No digo tanto, pero te daré el que llevo puesto y te convidaré á cenar: me parece que soy razonable.

—Acepto.

Aquella noche no sé si volví á casa, pero si que por la mañana no tenía un cuarto y paseaba por las calles con una magnífica bufanda de rayas blancas y rosadas que habia tomado la boca de D. Justo y la cabeza de Carmen, preciosa

modista con quien habia reanudado mis relaciones amorosas.

Pero estaba escrito que el tapabocas no le habia de usar yo, pues á los dos dias, tuve que regalarle á la patrona á cambio de una comida.

Esta le lució en paseo en forma de abrigo.

De ella pasó á poder de un amigo suyo, que era un acróbata muy bien formado y que le convirtió en calzoncillos, y de él volvió á mi poder, y hoy dia sirve admirablemente hecho un taparabos.

Y vean Vds. por donde los azares de la suerte han hecho que una prenda magnífica para invierno, le convierta en otra excelente para verano.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

CHARADA.

1.^a

Vocal es mi cuarta,
y letra mi tercia;
notas musicales
segunda y primera;
y el todo es el nombre
de una niña bella.

2.^a

Mi primera repetida

está del día á la órden,
cuando segunda y primera
unida al todo se oye.

3.^a

Mi primera es consonante
que no quiero repetir,
porque si la repitiera
os reiríais de mi:
segunda y tercia del Etna
vi no hace mucho salir;
quien hace cinco tres cuarta
en el tréscillo es feliz;
y á quien el todo propinan
es un pobre zascandil.

(Las soluciones en el próximo número.)

Solucion á la charada inserta en el
número 10.

CALLEJA.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.